

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL INTERÉS COMO PRINCIPIO SOCIAL.

II.

La codicia desenfrenada que á nuestra sociedad aqueja y que agita febrilmente los deseos, es una consecuencia inmediata del materialismo en las ideas. Mientras el hombre propone á sus esfuerzos un objeto mas elevado que el de su bienestar pasajero, mientras comprende la dicha bajo otro aspecto que el de comodidad ó de placer, mientras reconoce otros goces, otros bienes que no caben en la esfera de los sentidos y abren á su espíritu un horizonte inmenso, no se lanza ni adhiere con tanto afán á los que encuentra á su paso en el camino de la vida. La fe desprende de ellos su corazón como inferiores á su naturaleza y destino, la caridad le impele á repartirlos con sus semejantes, la esperanza le promete otros perfectos é inmortales en recompensa de sus virtudes y merecimientos. Y aun prescindiendo del orden sobrenatural, el anhelo de gloria, la investigación de las ciencias, el amor á la patria y á la humanidad, las aspiraciones hácia la belleza, hácia la sabiduría, hácia la grandeza, aun cuando no remonten á su eterna fuente, elevan el alma á mucha altura sobre la materia, y le ofrecen un pábulo mas digno de su actividad. Los pueblos grandes y civilizados, y hasta los bárbaros y feroces, se han atribuido una misión mas noble que la de poseer y gozar, ya conquistando la tierra, ya dominando los ma-

res, ya dándose leyes y erigiendo monumentos, ya conservando en depósito las artes y las ciencias, trasmitiéndose de generación en generación un cúmulo de glorias y tradiciones que llega á constituir su patrimonio nacional. Los héroes, los sabios, los hombres de genio, los bienhechores del género humano han obedecido á inspiraciones superiores en vez de formarse por cálculos rastreros, y las obras y los recuerdos que han dejado al mundo están fuera de las combinaciones mecánicas del principio utilitario. Nada de grande, nada de bello, nada glorioso, nada sublime ha brotado en ningún tiempo del materialismo en las leyes ni en las instituciones, en los hechos ni en las doctrinas, en filosofía ni en literatura, en los campos de la ciencia ni en los anales de la historia; y ni siquiera obrando sobre la materia puede producirse en bellas artes nada digno de ser admirado, si no entra á vivificar sus inertes masas el espíritu de una idea ó de un sentimiento creador.

El materialismo es compañero inseparable del egoísmo. La materia repele á la materia, y el axioma de que dos cuerpos no pueden ocupar un mismo sitio es tan cierto moral como físicamente; las sensaciones son exclusivamente personales y por decirlo así intransferibles, y tienden á recibir y absorber los goces de cuanto les rodea mas bien que á comunicarlos á costa del menor detrimento propio; las ideas de sacrificio, de amistad, de

recíproca deferencia son de aquellas que no entran por los sentidos. Todos sus instintos son derechos, ni reconocen mas deberes que las privaciones á que les somete la fuerza ajena ó la necesidad de las cosas. Para el materialista todo es vacío fuera del círculo de su persona, todo fenece con su existencia; y así ningun lazo de solidaridad con sus contemporáneos, ninguno con los venideros; patria, gloria, nombres para él privados de sentido. Por esto sus principios son estériles é infecundos, sus esfuerzos aislados, sus obras destituidas de grandeza y porvenir; y en efecto ¿cómo ha de ejercer influencia ni accion duradera sobre sus semejantes quien lo refiere todo á su sér individual? ¿cómo ha de pasar á las generaciones futuras el impulso ó el renombre del que concentró sus miras y pensamientos en lo presente?

Para obviar á los funestos resultados de este principio y neutralizar su índole deletérea que acabaria al fin por disolver la sociedad, se ha escogitado un nuevo sistema de atraccion derivado de la fuerza misma cuyos excesos trata de corregir; y buscando el remedio en las entrañas del mal, se opone al egoismo materialista el interés de la recíproca conveniencia. La sociedad, hácia la cual conducen al hombre indispensablemente sus necesidades é instintos, hace mas refinados y asequibles los goces, proporciona comodidades, allana obstáculos, alivia males, desvanece peligros, multiplica las ventajas; es una compañía mercantil en que cada uno impone su capital y saca réditos proporcionados. Con esta bella teoría del vínculo utilitario todo se ha creído ya, no solamente restituido á su estado normal, sino todavía mejorado, todo conciliable, todo puesto al abrigo así de la accion absorbente de una exagerada unidad como de la accion disolvente del individualismo: se ha dicho que la máquina social marcharia mas espedita bajo el impulso de una sola fuerza que fuese al par atractiva y repulsiva, que no con el ascendiente desigual y á veces encontrado de las creencias religiosas y de los sentimientos morales; que descompuesto el sér hu-

mano en sus infinitas variedades, no se hallaba otro punto de contacto que el interés y que este era el elemento primordial á que podian reducirse las relaciones, los derechos, los deberes, los mútuos servicios de los hombres. De esta suerte se ha intentado organizar y animar la materia, prometiendo á los pueblos nueva y mas brillante vida, mas tranquila y próspera existencia. Los vastos espacios por donde antes se dilataban las facultades de la inteligencia y las espansiones del corazon, las innumerables carreras ofrecidas á la incansable actividad humana, los vínculos relajados, los conductos obstruidos, los vacíos abiertos, las ruinas acumuladas con el decaimiento del principio moral y religioso y la preponderancia del materialista, todo se ha puesto á disposicion del interés, para que los llene, los fecundice, los renueve, y reemplace á otras fuerzas ya caducadas.

Ved ahí el lenguaje de los regeneradores utilitarios: «comprometamos en el sostenimiento de los gobiernos las fortunas de los ciudadanos, sea el arraigo de estas el primer requisito para la participacion de los derechos políticos, hagamos el crédito barómetro de la seguridad de los estados; y el interés será el orden, la paz, el sosiego público. Abramos al ingenio y al saber una bella perspectiva de honores y riquezas, capitalicemos el talento, aseguremos sus productos; y el interés creará sabios, literatos, artistas. Presentemos incessante objeto y campos por dó quiera explotables al trabajo del hombre, estimulemos su fecunda inventiva con lucrosos privilegios, desenvolvamos especulaciones tentadoras, fomentemos empresas, promovamos asociaciones; y el interés infundirá laboriosidad, difundirá movimiento y vida, desarrollará la industria, el comercio, y los adelantos de las artes. Dejemos espeditos á la riqueza todos los caminos para su elevacion, despejémosle los puestos mas eminentes, estingamos en provecho suyo las antiguas diferencias, fijemos en ella la mas alta, la única representacion social; y el interés por sí solo formará la jerarquía de las clases. Espliquemos á los ricos y á los pobres con ingeniosas teorías

económicas la mutua necesidad que unos de otros tienen y el mutuo provecho que reportan; y el interés estrechará sus relaciones y mantendrá en equilibrio sus fuerzas, equivaliendo en unos á la resignación y en otros á la beneficencia. Confesemos en fin á los gobiernos y á los pueblos la utilidad de mantener una fuerza supletoria y como de reserva para su mayor seguridad, que penetre en las conciencias, que impere sobre las almas, que proteja, consuele y reprima con el dogma de la otra vida; y el interés mismo conservará los templos, se encargará del culto, y tributará homenajes á la religión de que todos necesitan, sino para creer, al menos para profesarla exteriormente.»

Y bien, este sistema se ha puesto en planta: el interés lo ha invadido todo y circula por las venas del cuerpo social, pero ha maleado lo que pretendía fecundar; en lugar de la vida ha derramado la ponzoña. Todo ha cambiado de naturaleza y destino bajo su mezquina influencia, todo se ha desquiciado con sus incesantes choques, todo se ha rebajado vilmente al nivel del oro que le sirve de precio y recompensa. Los gobiernos han perdido su autoridad, los pueblos su obediencia, su consideración los altos puestos y dignidades, su noble misión y respeto la ciencia, sus inspiraciones la literatura y las bellas artes, su recíproca confianza y amistad las clases, los grandes su caridad, los pequeños su deferencia, las mismas doctrinas religiosas su eficacia cuando oficial é interesadamente se recomiendan: por dó quiera venalidad y corrupción, sordo descontento ó luchas desastrosas. Seguid, seguid en la aplicación de semejantes teorías; y si el éxito corona vuestros esfuerzos, la sociedad no presentará otro espectáculo que el de un mercado inmenso, que á cada oscilación del equilibrio se transformará en campo de batalla y de saqueo.

J. M. Q.



CONFERENCIAS CUARESMALES

POR EL PRO. D. JUAN MAURA.

CONFERENCIA SEGUNDA.

LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA Y LOS DE LA FE.

Si nos paramos en la superficie de las cosas y no nos tomamos la molestia de descender al fondo de las cuestiones, nada extraño será que engañados por las apariencias nos formemos ilusiones peligrosas que nos alejen de la verdad y lisonjeen y fomenten nuestro orgullo. De esta ligereza en el juzgar de las cuestiones más graves, harto común por desgracia, nacen muchos y muy perniciosos errores, entre los cuales merecen por cierto toda nuestra atención los que hacen referencia á la fe religiosa, por las gravísimas y trascendentales consecuencias que de ellos pueden y suelen derivarse. Es cosa bastante común el figurarse que el misterio es una cualidad propia y peculiar de los dogmas del catolicismo, siendo así que está pegado á nosotros y nos sigue como la sombra al cuerpo. Confieso no obstante, que si casos hay en que el error tenga alguna disculpa, este es uno de ellos, porque todas las apariencias son contrarias á nuestros dogmas y favorecen la ciencia humana, la cual no parece sino que va venciendo hoy todas las dificultades y difundiendo la luz por todo el ámbito de la tierra. Si establecemos un parangón entre la ciencia y la fe y juzgamos solo por las apariencias, el fallo no puede ser dudoso; nos declararemos decididamente por la primera y condenaremos por oscura é ininteligible la segunda. Las ciencias humanas, y con toda especialidad las naturales y exactas, que han tomado hoy día tanto vuelo, son tan ricas en principios, tan fecundas en experimentos y aplicaciones, tan claras y luminosas, que rinden y cautivan el entendimiento con una fuerza invencible. Las matemáticas con la irresistible evidencia de sus axiomas y la rigurosa lógica de sus demostraciones, la física y la química con sus experimentos, y la astronomía con la precisión y exactitud de sus cálculos, no parecen sino grandes focos que inundan de luz los horizontes del entendimiento humano. ¡Qué placer no experimenta el alma al recorrer los caminos de estas ciencias, hoy tan fáciles y trillados! Aquí todos los objetos aparecen iluminados por el sol en pleno día; todos los contornos se os presentan claros y bien deslindados, no escapándose á vuestra vista ninguno de los pormenores. Aquí vuestra razón todo lo abraza, y como el viajero que ha conseguido superar una

altura, experimenta cierta mezcla de admiración y de orgullo al contemplarse en una posición que domina á tantos objetos como abarca su mirada. Diríase que aquí la razón llena la medida de sus deseos y exigencias, y satisface esa sed insaciable de palpar, digámoslo así, el fondo de todas las cosas.

Porque, señores, por poco que hayais reflexionado sobre la naturaleza de la razón humana, habreis sin duda observado que en nosotros domina un deseo vehemente de llevar nuestras investigaciones y hacer brillar la luz de la evidencia hasta en la naturaleza íntima de las cosas: de ahí ese espíritu de curiosidad que despunta en el hombre al rayar de la razón. Y de ahí sin duda, el que esta se rebela contra los dogmas de la fe: en estas materias la razón quisiera demostración rigurosa, y la encuentra imposible por falta de datos en que apoyarla; quisiera poder internarse en esas veredas tortuosas é intrincadas, y cuantas veces lo intenta tiene que retroceder porque le cortan el paso oscuros y horribles precipicios; quisiera libertad y soltura, y se encuentra con el duro freno de la autoridad; en resumen, la razón al tratarse de nuestros dogmas quisiera luz y palpa solo tinieblas.

Ah! señores, el que así discurre es víctima de una ilusión lamentable, y dá pruebas de haberse contentado con examinar la superficie de las cosas. No es que pretenda negaros los misterios de la fe; pero sí pretendo que la ciencia los tiene tan oscuros é incomprensibles como los de la religión.

Si bien lo notais, echareis de ver que de todas esas ciencias, cuya exactitud y claridad tanto se encarece, ninguna hay que penetre en la naturaleza íntima de las cosas que son objeto de sus investigaciones. Decidme sino, ¿qué estudia el físico? qué el naturalista y el matemático? Los fenómenos de la naturaleza ó las cualidades de los cuerpos, nada mas. La palabra misma *fenómeno*, que no significa sino aparición, nos revela la cortedad é impotencia de las ciencias naturales, pues nos dice que estas alcanzan solo á lo que exteriormente aparece en el mundo físico. Aquí teneis un cuerpo; decidme ¿qué sabe de este cuerpo la ciencia? Sabe que es estenso, que es duro, que tiene tal ó cual figura y tales ó cuales propiedades. Puede que la química se apodere de él y os lo dé descompuesto; pero no vayais á creer que se os alcance del cuerpo otra cosa que sus cualidades, aun despues de un análisis riguroso. La figura, la dureza y estas ó aquellas propiedades, son lo único que aparece al exterior, lo único que hiere nuestros sentidos, y que puede por tanto ser objeto de la ciencia; pero la sustancia que se

oculta detrás de aquellas cualidades sensibles, ni el sentido la alcanza ni la ciencia la conoce. La ciencia sabe que en la naturaleza existe una fuerza, á la cual se le ha dado el nombre de electricidad. Pedid á la física que os describa las propiedades de este poderoso agente, y os ofrecerá estensos tratados de los fenómenos que presenta y de las leyes á que está sujeto; aun pasará mas adelante, sabrá apoderarse de la electricidad y poniéndola á disposición y servicio del hombre la convertirá en la gran maravilla científica del siglo XIX. Pero ¿queréis desconcertar á la ciencia? pedidle pues que os dé, no una simple teoría, sino una explicación que desentrañe la naturaleza y esencia de aquella fuerza misteriosa. La pregunta será tan impertinente é inoportuna como queráis; pero la razón está en su derecho al hacerla. A nosotros se nos pregunta cómo se concilian en Dios una esencia y tres personas; ¿por qué pues no se nos ha de permitir que á nuestra vez preguntemos, qué es la electricidad?

La geometría se funda en la idea de la extensión. Si seguís esta ciencia en su desarrollo y demostraciones, le parecerá á vuestra alma que atraviesa las regiones de la luz, y que ha llegado ya, digámoslo así, al foco de la evidencia; y así es á la verdad. Pero pasad á un orden de consideraciones mas elevado, y preguntad á la ciencia en qué consiste la extensión; y os hallareis metidos en un intrincado laberinto. Se os dirá que la extensión es la porción de espacio que ocupan los cuerpos; pero ¿y qué es el espacio? Ah! señores, la ciencia aun no ha logrado poner de acuerdo en este punto á los filósofos, no ha podido aun resolver si el espacio es algo real ó imaginario, ni los trabajos de los mas grandes ingenios han podido iluminar este misterio donde indudablemente se encuentran los límites de la ciencia.

Estas ciencias poseen una porción de ideas fundamentales que les sirven de base, y que mientras no os empeñeis en sondearlas despiden vivísima luz; pero si os acercáis á ella en demasía, si queréis sujetarlas al análisis del raciocinio, se os presentarán confusas y oscuras, produciendo en vuestro espíritu un efecto parecido al que produce en el ojo corporal un antejo de larga vista aplicado á los objetos que nos están inmediatos. Espacio, extensión, lugar, cuerpo, fuerza, ved ahí, señores, un lenguaje sencillo que todos entendemos, porque expresa ideas claras y luminosas que sirven de punto de partida á las ciencias naturales y exactas: hasta en el lenguaje familiar ocurren á cada paso sin em-

barazarse ni confundirse. Pero ¿qué es la estension? ¿qué la fuerza, el espacio, el cuerpo? Ah! señores, aquí termina la ciencia humana, aquí desaparece la luz, y el alma cayendo en el mas profundo desaliento tiene que exclamar ¡misterio! ¡misterio! Impulsados por el vehemente deseo de saber, en vano será que mediteis, que devoreis con ansia y avidez cuanto la ciencia ha escrito sobre unas ideas tan claras al parecer y tan sencillas; siempre la misma incertidumbre, la misma confusion, siempre al terminar de todas vuestras investigaciones la terrible palabra ¡misterio!

Lugar, espacio, materia, fuerza: ideas claras y luminosas ¡es verdad! pero si no quereis chocar con el buen sentido, si no quereis delirar lastimosamente, manteneos á una respetuosa distancia de ellas; porque si con mano atrevida intentais alzar una punta de este velo, si con temeraria osadía os internais en estas oscuras profundidades, indudablemente vendreis á caer desvanecidos en las absurdas teorías de Kant ó en los ridículos delirios de Fichte y de Hegel. «Porque al descender á esas profundidades, dice un filósofo, el entendimiento se ofusca y el corazon se siente sobrecogido de religioso pavor. Momentos antes contemplábamos el edificio de los conocimientos humanos, y nos llenábamos de orgullo al verle con sus dimensiones colosales, con sus formas vistosas, su construccion galana y atrevida; hemos penetrado en él, se nos conduce por hondas cavidades, y como si nos halláramos sometidos á la influencia de un encanto, parece que los cimientos se adelgazan y evaporan y que el soberbio edificio queda flotando en el aire.» (Balmes. *Filosof. fundam.* tom I. cap. I). Ah! señores, tambien la ciencia lanza contra la razon orgullosa el terrible anatema con que la palabra de Dios amenaza á los que presumen sondear los misterios de la divinidad: *Qui scrutator est majestatis opprimetur á gloria.* (Proverb. cap. 25 v. 27.)

¡Qué sorprendente armonía! qué maravilloso concierto guardan entre sí todas las obras de la sabiduría eterna! Si de la region de las ideas descendeis al mundo de los cuerpos, descubrireis las mismas relaciones entre el ojo corporal y la luz que nos circuye. El sol despidiendo sus rayos inunda de luz los espacios, y reflejándose en los cuerpos que pueblan el universo los viste de colores y hermosura, proporcionando á nuestra vista el agradable placer de esas encantadas perspectivas en que la naturaleza ostenta con profusion sus galas y su riqueza. No seais curiosos por demás, no os empeñeis en contemplar la luz en su mismo origen, porque su viví-

simo resplandor os cegaria; el exceso mismo de luz os sumiria en las tinieblas. Así tambien en la region del espíritu comunica Dios al alma humana la luz intelectual con cierta tasa y medida; no os escedais, porque mas allá no hay sino las tinieblas, el caos, la muerte de la razon: *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.* (Ad Rom. cap. 12 v. 3.)

Se me dirá: convengo en que la ciencia tiene sus límites, y en que es insensatez y locura el querer traspasarlos. Pero ¿necesita por ventura la ciencia ocuparse en cuestiones cuando menos inútiles, y que no conducen á ningun resultado? ¿Qué le importa á la ciencia el conocer las causas por que son producidos los fenómenos de la naturaleza, toda vez que puede estudiar y analizar dichos fenómenos y convertirlos al bienestar y felicidad del hombre? ¿Por ventura las sutilezas metafísicas sobre los objetos que están mas allá del alcance de las ciencias, han sido obstáculo á la marcha y desarrollo de estas y al grado de perfeccionamiento que hoy dia han alcanzado?

Por de pronto estas observaciones incluyen una confesion harto preciosa en boca de los que nos las dirigen. ¿Con qué convenís en que la ciencia tiene sus límites, en qué ciertas preguntas sobre lo mas fundamental de la ciencia, sean ó no sutilezas, tienen poder bastante para engendrar oscuridad y confusion en el entendimiento que antes lo contemplaba todo fácil y llano? ¿Por qué no graduais tambien de sutilezas metafísicas las objeciones que oponéis á los dogmas de la fe? ¿Por qué no notais igualmente de temeridad y locura el necio empeño de ver hasta en el fondo en los abismos de la divinidad? ¿Decís que las ciencias tienen ancho campo que recorrer, y que son sumamente fecundas en resultados prácticos? ¿Creeis que sean menos vastos y espaciosos los rumbos que abren al ingenio humano nuestros dogmas, ó menos útiles y provechosas al mejoramiento y perfeccion de las sociedades las consecuencias que de ellos se derivan?

Aun bajo este punto de vista los dogmas católicos llevan infinita ventaja á la ciencia humana, porque constituyen una verdadera ciencia de aplicacion práctica y trascendental. Parece que la incredulidad se figura que nuestros dogmas no son sino una vana colocacion de palabras que nada significan, siendo así que son sublimes verdades, que apesar de ser inasequibles á la razon, han derramado sobre ella la luz y sobre la especie humana todos los dones de la felicidad.

¿Podeis concebir un misterio mas profundo que la divinidad, fuente y origen de donde dimanen todos

los misterios? Ciertamente que no; ved aquí no obstante un misterio que esparce vivísima luz sobre los conocimientos mas útiles y necesarios al hombre. Yo no sé qué es Dios, yo no comprendo el infinito que constituye la esencia de esa causa creadora de todos los seres, y si me empeño en contemplarlo de hito en hito mi entendimiento se ofusca. Pero si me esfuerzo en borrar esta idea de mi mente, entonces las tinieblas me cercan, la duda me persigue é inquieta, y por haber abandonado un misterio, otros mil me asedian sumiéndome en la ansiedad y el desaliento. Yo no comprendo á Dios y hago un esfuerzo para desprenderme de esta idea; y cuando imagino haberlo logrado, entonces me pregunto á mí mismo: ¿qué soy? de dónde vengo? hácia dónde me conduce esa gran corriente del tiempo que arrastra en su rápido curso todos los seres? He negado un misterio, y tropiezo con tantos misterios cuantas son las preguntas que á mí mismo me dirijo. Entonces voy á consultar á la ciencia humana y le digo: ¡Oh ciencia! tú que todo lo sabes, tú que dices has venido á combatir los absurdos misterios del catolicismo y á difundir la luz en todos los ramos del saber, dime ¿qué soy yo? Ah! señores, la ciencia humana lejos de disipar mis dudas las aumenta; lejos de transformar los misterios en luz, los multiplica. Unos me dicen que en mí todo es materia: mas yo no comprendo como la materia pueda pensar; y si nadie le ha dado el sér, no comprendo como pueda ser eterna ó haya podido crearse á sí misma. Unos me dicen que soy todas las cosas, porque el universo es una sola sustancia con infinitas modificaciones; segun otros, en mí todo viene á reducirse á un sueño no interrumpido, porque todos los fenómenos que se ofrecen á mi vista son meras apariencias ó ilusiones. He negado á Dios porque era un misterio, y las preguntas se suceden en mi mente con asombrosa rapidez, y á cada una desfilan ante mi vista innumerables misterios; he negado á Dios y me pregunto: qué es la virtud? qué es el vicio? qué la verdad? Son palabras huecas y vanas que el hombre ha inventado? pues entonces, ¿cómo se explica que el hombre no sea poderoso á transformar el vicio en virtud, ó la virtud en vicio, ó bien el error en verdad? Y si no son de invención humana, ¿quién es el autor de ellas? Oh! yo huyo horrorizado del borde de ese abismo, y vuelo á la sombra de mi Dios, del Dios católico. Verdad que este Dios es un misterio, pero llena mi corazón de consuelo inefable é inunda mi alma de luz. Aquí me explico el principio de todas las cosas, porque veo al omnipotente autor de todas ellas; sé cuál es mi

origen, sé á dónde debo encaminar mis pasos; comprendo la virtud y el bien, la verdad y el error. Aquí tengo un Padre que me ama con ternura, que me protege y vela por mi conservación y felicidad, que es mi consejero, mi guía, mi amigo.....

Vé aquí en que consisten nuestros dogmas; en su origen son oscuridad y misterio, en su desarrollo y resultados son luz; no pueden ser vistos directamente, como no puede serlo la luz material, pero podemos contemplarlos con sorpresa y placer reflejándose en el alma humana. Porque el mundo moral presenta, como el mundo físico, los fenómenos mas sorprendentes, que pueden entrar tambien en el dominio de la observacion. ¿En qué pretenden ser superiores las ciencias naturales? Ellas pueden solo someter á su estudio y esperiencia los fenómenos de la naturaleza; las causas que los producen permanecen siempre envueltas en las impenetrables sombras del misterio.

¿Os envaneceis de que vuestros adelantos científicos, reuniendo en la mano del hombre las fuerzas que andan dispersas por el universo, hayan doblado las nuestras multiplicando nuestro poder? Los dogmas católicos han hecho mas: han concentrado en la mano del hombre todo el poder de la virtud que en el mundo moral transforma en héroe al sér mas débil. Con vuestra ciencia habeis sojuzgado la naturaleza, que pendiente de vuestra voluntad podeis convertir á la satisfaccion de nuestras necesidades y al acrecentamiento de nuestro bienestar y prosperidad: mas nuestros dogmas despojan las pasiones de su bravura, convirtiéndolas en dócil instrumento de la razon bien ordenada y en semillas de virtud y de bien. La ciencia ha acortado las distancias naturales: mas los dogmas católicos saben borrar las que en el mundo moral separan de la opulencia y prosperidad el dolor y la indigencia. Ah! señores, es imposible reunir en breves frases todos los fenómenos que los misterios de nuestra fe producen en el mundo moral, como los misterios de la naturaleza los causan en el mundo físico. La esclavitud abolida, el hombre restablecido en su dignidad, la familia ennoblecida y santificada, los institutos monásticos y religiosos, el misionero católico, los establecimientos benéficos, la hermana de la caridad, la literatura, las bellas artes, la legislacion; ved cuán asombrosa variedad de fenómenos ha producido la fe, los cuales arrebatan nuestro espíritu por los mas bellos espacios del mundo moral! ved cuánta profusion de luz, cuánta riqueza de conocimientos útiles proporcionan á nuestra alma los misterios de la fe en sus infinitas manifestaciones! Vosotros

decís: ¿qué importa sean un misterio las causas ocultas de la naturaleza, si tocamos con la mano sus resultados, y reuniéndolos los reducimos á ciencia? Pues ¿qué importa, decimos también nosotros, que nuestros dogmas sean un misterio que desconcierta la razón, si palpamos los sorprendentes y saludables efectos que producen en el individuo, en la familia y en todo el linaje humano, y podemos reunirlos y formar con ellos la gran ciencia de moralizar al hombre y encaminarle al logro de la virtud, única base de toda civilización y cultura?

En suma, señores, la religión católica tiene misterios como los tiene la ciencia; los primeros, como los segundos, tienen una parte demostrable, pues ofrecen sus respectivos fenómenos á nuestro estudio y observación. Negar la ciencia porque tiene misterios, sobre absurdo fuera ridículo; negar la fe porque sus dogmas escuden nuestros alcances, no es lógico ni digno de un siglo que se gloria de haber reconquistado todos los derechos de la razón.

CRÓNICA.

De un artículo del *Pensamiento Español* tomamos los expresivos párrafos que siguen sobre la actitud del papa en Roma desde la entrada del usurpador.

«¿Qué podía hacer en adelante el papa? Al decir de los enemigos, no le quedaba á Pio IX otro camino que postrarse ante la revolución vencedora para ser el primer capellán de su ejército, ó retirarse á llorar su desgraciada suerte en algún rincón del Asia desierta, en el país de las lamentaciones y de las ruinas. Pensar en que después de perder su corona y de dispersarse los soldados mercenarios que le sostenían, podría continuar dignamente en Roma, parecíales un absurdo. Ni su propia vergüenza, ni la indignación de los romanos lo consentirían. ¿Cuándo se ha visto que un rey destronado, un tirano vencido, permanezca entre los que fueron sus súbditos?»

Este siglo, que ha visto destronar á tantos monarcas de derecho divino y de derecho revolucionario, no ha visto todavía ninguno que haya podido quedarse en su país. Y en España, no solo doña Cristina y doña Isabel huyeron en cuanto dejaron de reinar, sino hasta los presidentes del consejo de ministros con categoría de gefes de partido han acostumbrado á marcharse al extranjero, luego que se les cerraba la puerta del palacio de Oriente. Y hacían bien, porque ni Espartero hubiera podido vivir en España después de 1843, ni los polacos hubieran podido estar en Madrid después de los sucesos de 1854, ni Gonzalez Bravo pudiera dejarse ver después de la *gloriosa*.

Sin embargo, el papa permanece en Roma. Allí está privado de su libertad, despojado de su corona, prisionero en su propia casa, pobre en medio de sus estados; junto á él en uno de sus palacios viven los carceleros; desde el retirado gabinete en que medita y ora, oye los gritos del salvaje enemigo, la algarazara de los que reinan en su lugar, y sin embargo no se mueve. No solo no se mueve, sino que prisionero como es, reina con mas eficacia y mas propiamente que los que llevan la corona.

Victor Manuel no se ha atrevido á permanecer en Roma. Los príncipes Humberto y Margarita están allí, mas bien que como gobernadores, como extranjeros sospechosos. Los po-

bres jóvenes, condenados á residir en una ciudad que no es suya ni les quiere, hacen cuanto es posible para llamar la atención y ganar simpatías; pero todo inútil. Los romanos no quieren mirarlos, y menos darles las muestras de consideración que á ninguna persona distinguida se niegan.

Viven en un palacio, pero solo tiene de palacio las paredes y los muebles no contruidos para ellos. Las personas que lo frecuentan, las palabras que se oyen, los modales que se ven, desdicen de la magestad del edificio, recordando de continuo á los moradores lo que son, lo que allí representan y lo que les espera. Si pretenden ir á las iglesias de otro modo que como simples particulares y desconocidos viajeros, las iglesias se les cierran. Un pobre peregrino es mas respetado, goza de mas derechos cristianos en Roma que los que se arrojan el título de príncipes.

Cuando preparan regias y costosas fiestas, adornando los salones, reuniendo las mejores orquestas, invitando á la nobleza, los invitados no acuden, los salones permanecen desiertos, los criados solos contemplan los adornos, y los ecos de la música se pierden en las soledades de las inmensas galerías, hasta que la vergüenza y el despecho dan orden de suspender la fiesta. ¿Qué mas? El pueblo, en todas partes ávido de novedades y de movimiento, se retrae en Roma de las públicas diversiones organizadas en su obsequio, retirase de los lugares concurridos, deja que pasen solos sus libertadores, negándose á recibir de sus manos el dinero que le ofrecen para que se divierta y haga manifestaciones de alegría.

Mientras tanto el Vaticano, en donde está el sagrado prisionero, es el punto á donde se dirigen las respetuosas miradas de Roma y de todo el mundo. Sus guardias tienen que abrir paso cada día á comisiones numerosas que llegan de todos los países de la tierra. Allí acuden todavía los romanos á rendir homenaje á su legítimo monarca. Oyése de vez en cuando en la ciudad el grito de *viva Pio IX*, á pesar de los peligros que corre quien lo da. Las iglesias se llenan á todas horas de gentes que fervorosamente piden á Dios la libertad del pontífice. Los predicadores de la divina palabra no cesan de anunciarla al pueblo, no obstante que ella condena la violencia injusta y la rapiña.

Pasa actualmente en Roma lo que en ninguna otra parte ha sucedido, ni en ninguna otra parte podía verse. Allí hay dos reyes, el rey de la justicia y el rey de la violencia. El primero domina en las almas, el segundo oprime los cuerpos. Por aquel están la fuerza moral, la sujeción de la voluntad, el amor; por este los cañones y las bayonetas. El papa se apoya en la oración y la virtud, el gobierno de Victor Manuel combate con la ficción y el dinero.

Los impíos de todo el mundo que por espacio de muchos años se hicieron órganos ociosos de los romanos á quienes llamaban oprimidos, los que sostenían que Roma aborrecía al papa llena de deseos de entrar á formar parte del gran concierto liberal, los que decían que en cuanto brillase para la capital del orbe cristiano un rayo de libertad el papa tendría que huir y caería por su propia pesadumbre todo el edificio cristiano, debieran morir de vergüenza viendo ahora como los acontecimientos los desmienten.

Pero semejante estado de cosas no puede durar. La situación actual de Roma es demasiado violenta para poder ser permanente. Dos reyes no pueden reinar en un mismo punto: el uno ha de sobreponerse al otro. ¿Cuál de los dos que hay en Roma vencerá al fin? ¿el de la justicia ó el de la fuerza? ¿Se cansará antes el papa de estar encerrado, ó su carcelero de gastar dinero y recibir bochornos?

Ah! Cuando Dios no ha permitido que el triunfo de la impiedad pasase mas allá de lo necesario para manifestar su flaqueza intrínseca, para poner de manifiesto la falsedad de sus protestas seductoras, para hacer ver á los pueblos los males que trae consigo donde quiera que se establezca, es que quiere poner fin á su imperio, y hundirla para siempre en el abismo del descrédito.

Los sucesos de hoy manifiestan palpablemente que Roma está sostenida por una providencia especial de Dios, que dispone allí las cosas de un modo diverso de cómo se verifican en las otras partes de la tierra. No sabemos por qué cami-

nos querrá el cielo llegar á su objeto y darnos la victoria; pero no podemos dudar de que esta victoria está cerca, considerando las señales que vemos de la clemencia divina. Los siglos venideros contarán maravillados lo que actualmente pasa en Roma y los sucesos que se preparan, como nosotros contamos los de Atila y Genserico.

Meditadlo los que deciais que conquistada Roma se desplomaría el cristianismo. Meditadlo los que decís que el catolicismo ha muerto en el corazón de los pueblos. Considerad quién sostiene al papa en el Vaticano, qué fuerza os impide completar vuestra obra, y por qué tembláis en medio de vuestros triunfos.

Nuestro rey y vuestro rey están en Roma. Nosotros no le enviamos sino oraciones y limosnas; vosotros habeis puesto al servicio del vuestro ejército enteros, presupuestos y empréstitos sin número, la tenebrosa fuerza de las sociedades secretas. ¿Cuál de los dos está mas seguro y tranquilo?

¡Ah! vuestro príncipe manda en algunos salones como rey de carnaval: el nuestro reina sobre el mundo, como representante de Dios.

Dice una carta de Roma que publica *El Tiempo*:

«El giro que va tomando la cosa pública en Europa aumenta cada vez mas las esperanzas de los católicos romanos y los temores de los italianísimos.

Prescindiendo de la actitud del nuevo imperio germánico, la política que se supone seguirá Mr. Thiers (á quien parece está reservada la futura dirección de los destinos de Francia), y la que se cree iniciará el nuevo ministerio austriaco relativamente á la cuestión romana, no es por cierto la mas á propósito para calmar las aprensiones de nuestros invasores. Al contrario, les persigue como un espectro, y en su acalorada fantasía creen ver ya por Italia los ejércitos de las potencias que vienen á restablecer el principado temporal de la santa sede. Han llegado hasta el punto de soñar una cruzada levantada en todos los pueblos católicos al objeto de dicha restauración. ¡Y este sueño ha suministrado argumento suficiente para una interpelación al parlamento de Florencia! ¡Y el señor presidente del consejo de ministros, compartiendo tal vez los temores del interpelante, se ha visto embarazado para contestar á ella!

Después de todo, no sería imposible que la profecía de Mr. Thiers *Roma será la tumba del reino de Italia* llegase á verificarse, si no por una cruzada general, al menos por otros medios mas en armonía con el espíritu del siglo XIX.»

No es enteramente exacto, segun escriben de Florencia, que M. de Vernouillet segundo secretario de la embajada francesa esté encargado de preguntar al papa cual es la persona que seria mas de su agrado para representante del gobierno francés cerca de la santa sede. M. de Vernouillet ha anunciado al papa que habia sido nombrado para este cargo un personaje á quien conoce á fondo, M. Cochín. M. Cochín es un amigo personal de M. Thiers, del conde de Falloux, de M. Guizot, de monseñor Dupanloup y del duque de Broglie, y lo era del conde de Montalembert y del P. Lacordaire, etc. El gobierno de Italia puede estar convencido de que el gobierno de M. Thiers, representado en Roma por M. Cochín, no será amigo suyo, y bajo este punto de vista el nombramiento de M. Cochín debe llamar la atención de nuestros hombres de estado.

También debe escitar sus recelos el haber sido llamado á Versalles por el emperador Guillermo el baron de Arnim, á causa de su solicitud en acudir á todas las recepciones del príncipe del Piamonte en el Quirinal. Ayer llegó de Roma á Florencia y continuó su viaje sin detenerse un momento.

No tenemos noticias del resultado de las elecciones para el primer parlamento alemán, que habrán empezado el 3 del corriente. Los católicos mostraban gran animación y energía, y habian preparado muy bien sus trabajos en Posen, en Breslaw, en Stettin y en otras importantes poblaciones. Ante todo piden el restablecimiento del poder temporal del papa. «Si los ultramontanos (léase católicos) alcanzan buen éxito en las elecciones, y tienen grandes pro-

habilidades de ello, impulsarán al gobierno en favor del pontífice.» Así escriben de Berlin al *Journal de Geneve*.

Cada dia se acerca mas Inglaterra al catolicismo.

Este es un hecho notorio de que el *Boletín* ha suministrado muchas pruebas. Cosa estraña! Londres, que es la primera ciudad del mundo bajo tantos y tantos conceptos, es donde este trabajo, ordenado y constante, es mas visible. Los antiguos odios y las añejas preocupaciones van desapareciendo rápidamente para dar lugar á la estima y al amor.

Hoy, en la sola capital, hay mas de 25 iglesias de puseístas, que ni siquiera en lo mas mínimo se diferencian de las católicas. Poco tiempo ha, el convento de las monjas puseístas de Hackney abrazó en cuerpo el catolicismo. Llamado el arzobispo á bendecir la capilla, se encontró que no habia que añadir ni quitar ni alterar un solo objeto de culto. Hasta en la forma reinaba la identidad. Cálices, patenas, relicarios, custodias, confesionarios, aparatos de altar, vestuarios sacerdotales; en una palabra, todo. Lo solo que fué preciso añadir fueron las reliquias de mártires en la piedra sagrada del altar. Esta buena inteligencia no es peculiar á los solos puseístas. Es comun á todas las clases, especialmente á las altas. La última quincena, Londres y Dublin ofrecieron de esto un admirable espectáculo.

Los conventos crecen y se multiplican en Bélgica de una manera verdaderamente prodigiosa. En 1830 no habia mas que 251 comunidades religiosas, que contaban 3,645 individuos entre monjas y frailes: desde 1830 á 1846 el número de conventos fué mas que multiplicado, y llegó á 779 poblados por 11,968 personas. Segun los datos estadísticos recogidos y publicados por el gobierno, en 1866 habia ya en Bélgica 1,322 conventos, con personal de 18,098 individuos. Como desde 1866 el número de conventos ha continuado creciendo rápidamente, se puede calcular que Bélgica cuenta hoy mas de 1,500 conventos de todas las órdenes, que por lo menos contienen 25,000 personas.

El arzobispo de Génova al morir hizo por testamento donación al papa de un cáliz de un valor histórico muy grande, pues era el mismo que habia servido á Pio VII durante su cautiverio. Al recibir Pio IX esta reliquia pronunció las palabras siguientes:

«Este recuerdo histórico, este precioso objeto me recuerda el que recibí en otra época de un venerable miembro del clero francés; era la cajita de oro que mi predecesor Pio VI llevaba suspendida del cuello, conteniendo la Santa Hostia, cuando estaba, como yo actualmente, en manos de sus perseguidores. Esta reliquia que fué entregada en 1848, me decidió á tomar una resolución; la de abandonar á Roma para buscar refugio fuera de ella. Los tiempos actuales son mucho peores que los de 1848, y hoy dia busco en vano donde poder encontrar refugio: sin embargo tal vez tomara una resolución parecida si el número de años no hubiese pesado sobre mí de tal modo que la hace casi imposible. Roguemos á Dios para que quiera continuarnos su asistencia en medio de las penosas pruebas que nos hace pasar: él solo sabe sacar bien del mal; tengamos siempre confianza en él.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

Esta noche pronunciará D. Juan Oneylle su quinto discurso sobre *el arte cristiano*, tratando del *misticismo*.

La tercera conferencia, que el miércoles próximo debe dar en San Cayetano el Pro. D. Juan Maura, demostrará como *los misterios de la fe explican los de la ciencia*.